



FILOBERTO

2

Instituto de Investigaciones Filológicas
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

Francisco Díaz de León

Su primer vuelo

Rescate y presentación
Lourdes Franco Bagnouls



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

México, 2015

DIRECTORA DE LA COLECCIÓN: Lilian Álvarez Arellano

Díaz de León, Francisco, 1897-1975.

Su primer vuelo / rescate y presentación Lourdes Franco Bagnouls. – México : UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, 2014.

29 pp. 15 x 19 cm

ISBN 978-607-02-5881-7

1. Cuentos infantiles mexicanos.

LC PQ7276

Dewey 863.4

Primera edición: 2015

Fecha de término de edición: 11 de diciembre de 2014

D. R. © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva s. n.
Ciudad de la Investigación en Humanidades,
Ciudad Universitaria, C. P. 04510, México, D. F.
www.iifilologicas.unam.mx

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial
Av. del Imán núm. 5, C. P. 04510, México, D. F.
www.libros.unam.mx

ISBN 978-607-02-5881-7

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Impreso y hecho en México

Presentación

FRANCISCO DÍAZ DE LEÓN (1897-1975) fue un gran artista plástico y diseñador gráfico. Aquí, con este cuento, se nos revela como autor de literatura para niños. Nació en la ciudad de Aguascalientes y estudió en la Escuela Nacional de Bellas Artes cuando era director el Doctor Atl. En compañía de José Escobedo, Alfaro Siqueiros y José Luis Ibarra crea el grupo 30-30. Fue discípulo del taller de grabado en madera de Jean Charlot en 1922. Como docente impartió clases de grabado en la Academia de Bellas Artes (1920-1925). Fue director de la Escuela de Pintura al Aire Libre de Tlalpan (1925-1933). Junto a Carlos Alvarado Lang promovió la creación del Taller de Grabado. Fundó la Escuela de Artes del Libro (hoy Escuela de Artes Gráficas) en 1938 y la dirigió hasta 1956. En 1928 estuvo

al frente de diversos proyectos editoriales y tipográficos. Coordinó las publicaciones de Bellas Artes en 1934. Aunque de una manera breve, incursionó en géneros literarios como el ensayo y el cuento. Además de “Su primer vuelo”, se conocen dos cuentos más: “Día de fiesta”, 1938 y “Luna entre árboles”, 1966.

Disfruta de “Su primer vuelo”, una historia que habla de cómo los seres pequeños, por naturaleza, incitan a los mayores a hacer el bien.

Su primer vuelo

A Susie,
por su corazón de oro,
su oso de plata
y sus lágrimas de cristal.

EN UN HUEQUECILLO del tejado de mi estudio habita una familia de gorriones. Al llegar la primavera, es divertido observar la diligencia de las aves en el momento en que sus pequeños, nerviosamente asidos a las salientes del muro y a punto de lanzarse a su primer vuelo, dan consejos a éstos para llegar hasta los sitios en que habrá de terminar esa aventura. Papá gorrión abre las alas y muestra el mecanismo del vuelo lanzándose al primer árbol cercano para que los chiquitines vean cómo debe accionarse el

9



timón de la cola y el ritmo de las alas. Saltando entre las ramas busca pequeños insectos para dar ánimo a la prole asustadiza y reacia.

Todo está listo. Se arroja el primero, y sus alitas, muy cortas y débiles aún, se agitan apresuradamente conduciéndolo hasta el lugar en que lo espera el padre. Al asirse de la rama movediza su corazoncito está casi a punto de estallar; pero se siente orgulloso de tan precoz hazaña.

10 Así saltaron todos felizmente y, balanceándose, contemplan el paisaje desde la cima del alto cedro. Veían la capillita minúscula de paredes rosadas, las calles estrechas y torcidas de



mi barrio; los corrales con sus vacas y gallinas. Admiraron también el metálico plumaje de un pavo real. Mirando más allá, descubrieron la llanura y las cumbres nevadas de los volcanes así como la joroba del Ajusco, ennegrecida por sus pinares. El sol dejaba caer rayos oblicuos entre las nubes, iluminando misteriosamente aquellas lejanías.

—Algún día podréis llegar hasta allá y aun más lejos—les dijo papá gorrión—, pero es menester volver ahora a casita para que mamá se tranquilice.

11



Se inició el regreso con el vuelo del más audaz de los pajarillos, recibido en las tejas musgosas por su madre, batiendo las alas en señal de aplauso. Después otro, y otro, hasta el turno del más pequeño, que al desprenderse de la rama olvidó en su atolondramiento una de las principales recomendaciones: no distraerse por nada del mundo en el viaje, y, sobre todo, no quitar los ojos de la meta. Pero quiso su mala suerte que el inexperto encontrase en su camino una mariposa amarilla y, a punto de tropezarse con ella, perdió la serenidad, de suerte que en el preciso momento en que sus patitas alcanzaban ya el muro, las alas no pudieron sostenerlo y cayó irremediablemente al suelo.

¡Qué consternación de los padres! Acudieron violentamente a protegerlo llenos de aflicción, pues las pobres avecillas no ignoran su impotencia para remediar estas calamidades a que están expuestos sus hijos. Todos los intentos del pobre pájaro para llegar hasta el tejado —tan próximo,



además— resultaron inútiles y el drama se ensombrecía por momentos. Desesperado, papá gorrión quiso servirse de una ramita para remolcarlo hasta el nido y se esforzaba vanamente en llevar a cabo este acto tan inútil como inverosímil. El pajarillo, aturdido, brincaba entre los tiestos espantando a las lagartijas, seguido por sus padres, que a todo trance lo exhortaban para que no perdiese la cabeza.

De los próximos nidos descendían los vecinos, ansiosos de curiosear o de prestar ayuda al gorrioncillo.

—¡Mire usted qué calamidad —decía una pájara vieja—, y pensar que se debe sólo a una torpe mariposa! Por mi parte —seguía diciendo a la madre afligida— nunca perdono la vida a estos presuntuosos y chocantes insectos; pero confíe en que hemos de encontrar el medio de restituirlo al nido.

14

Alguien recomendó solicitar los servicios de una araña taciturna que habita la higuera de mi patio. Su humor agrio no la priva de ser una industriosa como experta tejedora. Un saltapared parlanchín, presumiendo de ser su amigo, fue hasta ella en demanda de ayuda.

—Señora Araña, tenga usted muy buenos días —le dijo—. ¿Sabe qué calamidad me trae por aquí? ¡Imagínese!... ¡Pero qué hermosa tela está tejiendo!



¡Mire cómo luce con el sol! Me parece sólida y resistente, más que la seda de China... Recuerdo que una vez...

—¡Bueno! —interrumpió malhumorada la araña, que había sido distraída en la tarea de reparar su tela, rota la víspera por un moscardón que pudo salir ileso de ella— ¿Qué asunto le trae por aquí?

—Perdón, vecina. ¿Sabe la desgracia que ocurre en este patio? Un gorrioncillo torpe ha caído del nido y vea cuánta confusión hay por allá abajo.

La araña verde —un magnífico ejemplar de “araña león” — abrió sus cuatro pares de ojos, que brillaron sobriamente. Giró despacio en su red y después de frotarse las patas delanteras se acercó al borde de su casa para desprenderse, cual hábil gimnasta, por su cuerda luciente hasta un lugar propicio para observar la escena.

—Ya lo veo desde aquí —dijo al pájaro importuno—, pero carece de sentido para mí este

asunto por más alboroto que haga esa caterva de desocupados. ¡Un mísero gorrión que tiene la torpeza de no poder volar! ¿Por qué quitarme, pues, el tiempo, señor mío? Una araña como yo no puede lamentar ese estúpido desastre, sobre todo si se me ahuyenta mi caza. ¿Ve usted esa mosca aturdida que llegaba por allí? ¡Quieto, por favor!... ¡No respire!

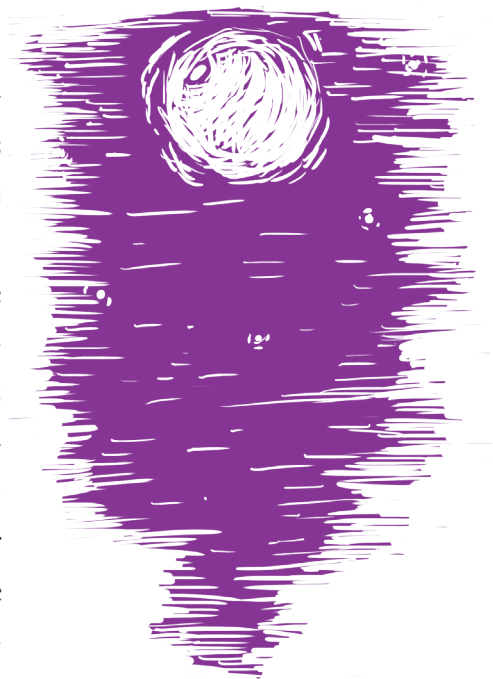
16 En efecto, una mosca acababa de aparecer revoloteando entre las hojas del árbol y por momentos giraba muy próxima a la traidora red. Engañado el insecto por las mallas invisibles, se acercó tanto, que al fin quedó preso entre sus filamentos; tratando de escapar, batía las alas furiosamente hasta producir notas graves o agudas a medida que forcejeaba.

—¿Ve usted, amigo? —dijo la araña con los ojos chispeantes—. No tengo tiempo que perder.

Allá abajo las cosas empeoraban. Las alas del pajarillo se negaban a obedecer y los esfuerzos lo debilitaban cada vez que intentaba alzar el

vuelo, pues caía obstinadamente sobre los troncos y ramazones duros de las plantas, al pie del muro. Lastimado y jadeante se acurrucaba en los montoncitos de tierra y hojas secas. Sentía los ojos húmedos y unas ganas atroces de llorar. ¿Cómo poder llegar hasta el nido en que sus hermanos se encontraban?, ¿cómo hasta el calor maternal?

Los últimos rayos del sol pintaron el cielo de naranja, de rojo y de violeta. Brilló la primera estrella. Los pájaros vecinos se despidieron con varios pretextos



y desde sus nidos, seguían con curiosidad los acontecimientos.

Por fin llegó la noche y fue menester que papá gorrión tomase partido:

—Sube a casa, que también tenemos hijos allá —dijo a su mujer—. Yo me quedaré aquí para dar ánimo a este atolondrado.

—Jamás me separaré de él, pase lo que pase —respondió la madre.

18 Papá gorrión sabía bien que su mujer era testaruda y amante de disputar y fue preciso obedecerla. Así pues, voló hasta el nido con la vaga esperanza de que todo habría de terminar bien.

Madre e hijo buscaron un hueco cómodo en donde pasar la noche y lo encontraron bajo el follaje de una azurea. Entre los claros de su cortinaje veía el gorrioncito el cielo estrellado. De pronto, le pareció que una estrella llegaba cerca de ellos y se movía en todos sentidos con un parpadeo intermitente; hasta le fue posible distin-

guir confusamente con su luz las flores azules de la planta que les daba albergue.

—Madre, ¿ha caído una estrella?

—No; es una luciérnaga, y mira también sobre el piso enladrillado esos gusanos de luz.

Asomó el gorrión su cabecita y pudo distinguir unas cintas minúsculas de luz tenue y difusa que se deslizaban allá abajo. Mucho tiempo las vio ir y venir, cruzarse, escribir palabras misteriosas, hasta que sus ojos se cerraron y quedó dormido bajo el calor del pecho maternal.

19

A la media noche, la araña no soportaba el remordimiento de haberse negado a socorrer al pajarillo en su infortunio. Se agitaba nerviosamente en el nido, rodeada de cadáveres de pequeños insectos y luchando interiormente contra su egoísmo.

Por fin había decidido: iba a construir una escala.

Rápidamente se deslizó hasta el suelo y fue hacia los gusanos de luz. “Ayudadme —les

dijo— a tejer una escala que tendrá que ser extraordinariamente sólida”. Entonces, los puso al tanto del desastre ocurrido.

—Nosotros daremos nuestra luz para que puedas hacerla; pero deberías llamar también a las luciérnagas, porque ellas tienen luz más brillante —respondieron los gusanitos.

—Todos me ayudaréis —dijo la araña.

20 Entonces luciérnagas y gusanos treparon por las plantas; después por el muro rugoso y por el borde del tejado. Aquel desfile fosforescente era seguido por la araña que tropezaba a cada paso.

—Por aquí —le decían—. Siga usted por acá. Cuidado con romperse una pata. Cuando llegó al tejado ya estaban congregados allí los insectos luminosos.

—Es éste el sitio más propicio para que comience la obra —dijo una luciérnaga—. Baje hasta la aspidistra o, si lo prefiere, escoja un lirio, azul, por ejemplo. Cuando aterrice, los gu-



sanillos se deslizarán por la cuerda para indicarle el camino y así podrá trabajar todo el tiempo. Mientras tanto, nosotras volaremos constantemente cerca de usted para alumbrar su trabajo.

—Muy bien —contestó la araña verde y se desprendió con su cable sedoso.

Cuando llegó a la planta, escoltada por los gusanillos, cortó el filamento, y trepando nuevamente por él, se dejó caer una, dos, tres..., cien veces. Después soldó secciones transversales. El trabajo era lento y concienzudo, ya que debería soportar un peso jamás calculado en los recursos de una mísera araña tejedora, y en él transcurrió el resto de la noche.

Ya el cielo empezaba a palidecer y algunas estrellas se habían dormido. Una débil cinta de claridad dibujó por el Oriente el perfil dentado de las montañas. La araña seguía trabajando febrilmente cuando los pequeños insectos se despidieron:

—Adiós, señora. Que Dios bendiga el trabajo de vuestro buen corazón. Nos vamos, porque ya nuestra luz es inútil y además llegó el alba. Adiós, pues...

La araña detuvo su trabajo un momento para decirles adiós y continuó luego, reforzando aquí, corrigiendo allá, hasta que con la claridad del día dio término a su trabajo. Entonces volvió a su guarida, deseosa de contemplar el resultado de tan formidable tarea.

El despertar de las pobres aves fue triste. ¡Habían soñado tantas cosas bellas! El gorrioncito, que había volado hasta una ciudad muy distante, siempre hacia el Norte, en donde existía una montaña de oro y un gran templo de torres elevadas. En medio de éstas una enorme cruz de hierro mostraba sus brazos hacia la patria de la avecilla. Bajo la cruz, un gallito presuntuoso, forjado a golpes de martillo, se mecía a los vaivenes del viento.



—Gallito, ¿en dónde estoy? —había preguntado el gorrión—. Pero el gallo mudo apuntaba con su flecha delantera el camino que deben seguir las aves extraviadas, como queriendo decir: “Por allí”.

El pajarillo se encaminó hacia el Oriente y se detuvo cansado en una casa que tenía un gran jardín.

—¡Cuánta quietud! ¡Qué bien se siente uno aquí! —se dijo el peregrino al instalarse en una rama próxima a un ventanal—. Deseoso de saber quién la habitaba, voló hasta el alféizar y miró a sus anchas. Era una pequeña sala, con muebles antiguos. En uno de sus ángulos, el gran piano dejaba ver la blanca dentadura del teclado y su vientre sonoro. Encima, un hermoso jarrón se retorció entre verduras y oros, recordando las danzas de antaño y fulgores de viejos candiles.

De pronto, se abrió una puerta interior y penetró al salón una niña. Llegó hasta el piano, abrió sin rumor un álbum de música y preludeó

un vals melancólico y tristón. Sus claros ojos no veían la música escrita: volaban al campo, a la pradera llena de florecitas menudas y olorosas de otoño. Veían las ardillas trepando por los árboles añosos; veían las grandes orejas de conejillos, que sentados entre el pasto, escuchaban con atención su música: do-mi-sol-do (algarabía de pájaros, rumor de agua, risa de cristal). Veían la tarde en que ella regaló a un forastero su oso de plata: re-mi-fa-mi-re. Adioses conmovidos; tibias lágrimas: do-mi-sol-do. Veían al noble perro mover amigablemente su cola: do-re-mi-re-do... Las nubes de oro del crepúsculo en el cielo de color añil: sol-la-si-do-re...

—Madre, tengo las alas rotas y no puedo volar.

—No, hijo mío. Ven por aquí que encontraremos la manera de llegar hasta arriba.

Saltando entre las yerbas descubrieron al fin la escala construida por la araña.

—Sube por ella —susurró la madre—. Ten confianza, que este dolor de abajo, esas débiles alas, te llevarán, si tu corazón es fuerte, hasta las altas cimas desde las cuales se contempla el anchuroso mundo y la bondad de Dios.

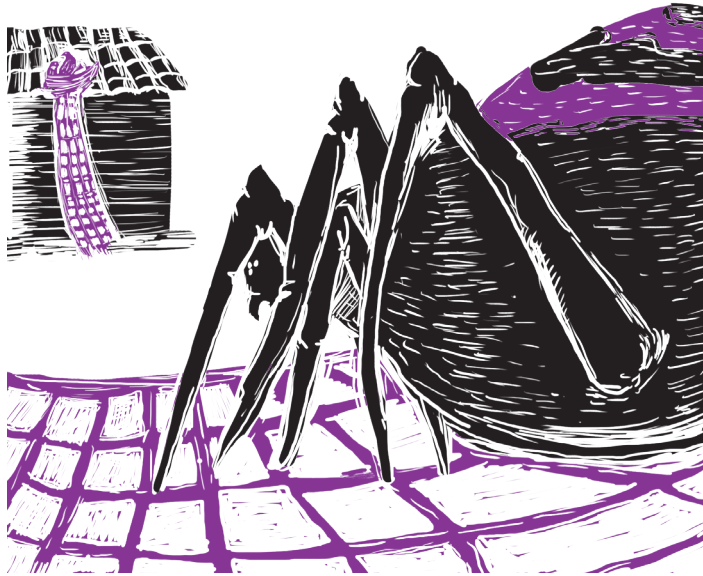
Entonces el pajarillo trepó y cuando el primer rayo de sol despuntó por el horizonte, bañó de luz dorada su cabeza, que había llegado hasta lo alto del tejado.

Ocho ojos, como carbunclos, veían la escena desde lejos... Y ese día, la araña estuvo quieta en su nido. Nadie la vio restirar su red, ni acudir al llamado sonoro de las alas de sus víctimas cuando se debatían, inútilmente, en el afán desesperado de recobrar la libertad.

Coyoacán, 10 de enero de 1945.

27





Nota editorial

“**S**U PRIMER VUELO” apareció en *Ábside*, año IX, núm. 3 (julio-septiembre, 1945), pp. 297-304. También lo publicó la Secretaría de Educación Pública en 1945. María de Lourdes Franco Bagnouls lo rescata en *Voces recordadas. Narrativa mexicana fuera del canon (1925-1950)*, coordinación general, prólogo, recopilación, edición y notas: Lourdes Franco Bagnouls; recopilación, selección, edición y notas: Francisco Aragón Díaz †, Edgar Campos, Gerardo Robles, Jaquelina Rodríguez, Jael Tercero Andrade; selección, edición y notas: Marco Tulio Hernández y Raquel Mosqueda Rivera, México: UNAM, 2008, pp. 286-292.

CUIDADO DE LA EDICIÓN: Stella Cuéllar
COORDINACIÓN DE ILUSTRACIÓN: Mercedes Flores Reyna
COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA: María Guadalupe Martínez Gil
DISEÑO DE PORTADA: Itzel Nájera Luna
ILUSTRACIONES: Daniel Benítez

Su primer vuelo,

editado por el Instituto de Investigaciones Filológicas,
siendo jefa del Departamento de Publicaciones
Carolina Olivares Chávez, se terminó de imprimir
el 26 de enero de 2015 en los talleres de
Desarrollo Gráfico Editorial, S. A. de C. V.
ubicados en Municipio Libre 175,
colonia Portales, delegación Benito Juárez,
México, D. F., C. P. 03300

Tipografía: Adobe Garamond Pro
de 14 puntos y Mr Eaves Sans OT
de 24 puntos.

La edición consta de 1 000 ejemplares
impresos en papel Bond blanco de 120 gramos
mediante el sistema de impresión offset.



